

El Foro de Biarritz, bajo la inspiración del Senador y Alcalde ilustre, Didier Borotra, ha promovido a lo largo de los últimos diez años, diálogos y encuentros entre políticos, politólogos, economistas, académicos, internacionalistas y demás científicos sociales, europeos y latinoamericanos para afrontar los grandes temas de nuestro tiempo.

En esos diálogos y reflexiones nos hemos podido acercar al conocimiento de la realidad y del sorprendente, enigmático y contradictorio mundo de la post Guerra Fría marcado, dramáticamente, por tres acontecimientos extraordinarios. La implosión de la Unión Soviética que, mirada desde el punto de vista de la filosofía de la historia, es el hundimiento de uno de los grandes imperios que ha conocido la vida de la humanidad. La caída al muro de Berlín no fue solamente esa gigantesca pared de cemento armado de 160 kilómetros de longitud, que partió en dos a una ciudad y esclavizó a 17 millones de alemanes sino que fue, fundamentalmente, el lindero entre dos sistemas ideológicos, políticos, geopolíticos, económicos y militares en permanente confrontación. Y, la terminación de la Guerra Fría que fue ese siniestro ajedrez geopolítico, geoeconómico y geo militar adelantado por las dos superpotencias en sus afanes de apoderarse de los recursos económicos no renovables del planeta.

Cuando terminó la confrontación Este – Oeste todos esperábamos que advendría una era de paz, de prosperidad económica y de reversión de los presupuestos militares. Aspirábamos a que por fin se lograra terminar con el viejo desfasaje, entre la base exponencial de la ciencia y el atraso de la ética, es decir, entre los rápidos pasos de la ciencia y la tecnología y el lento caminar de la moralidad humana que permitieron que los más altos prodigios científicos y tecnológicos fueran utilizados y aplicados con el más bajo nivel ético. En este momento nunca han sido más esclavizadas y verdaderas las palabras pronunciadas hace más de 30 años por un filósofo quien dijo que “el nivel ético de la realizaciones humanas siempre fue bajo y nunca se ha elevado”. En consecuencia, hoy, la disparidad entre nuestra técnica y nuestra ética es mayor que nunca. Esta circunstancia es no sólo humillante, sino mortalmente peligrosa.

En estas circunstancias históricas y humanas de la post Guerra Fría estalló aquel Lunes Negro de septiembre del año 2008, la crisis de Wall Street, que ha estremecido al mundo globalizado.

La crisis, sin duda, se originó en la fe ciega de gobernantes académicos y empresarios, especialmente norteamericanos, en las bondades del Mercado, para regir la economía. En esto coinciden pensadores y analistas de los diversos flancos ideológicos y económicos. Coinciden en que fue la ausencia de regulaciones, de controles y de restricciones gubernativas, sobre los mercados financieros, la causa fundamental de la crisis.

George Soros acaba de pronunciar, en la Universidad de Columbia en Nueva York, el año pasado, una conferencia en la cual afirmó que: “la crisis hunde sus raíces en la desregulación financiera de los años ‘80, agregó “la liberalización del sector financiero comenzado por el gobierno de Ronald Regan ha dañado el sistema financiero mismo” y, concluyó, que “la filosofía del fundamentalismo del Mercado se encuentra ahora en entre dicho”.

La conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo, la UNCTAD, afirmó que los últimos veinte años, inspirados por un fundamentalismo de Mercado, ha fracasado estrepitosamente. Los jefes de estado y de gobierno del G20, grupo que representa el 60% de la población mundial, el 90 % del Producto Bruto Mundial y el 80 % del Comercio Internacional, tras la reunión realizada en Londres, en su declaración final afirmaron: “la crisis surgió a causa de que las instancias de supervisión en algunos países desarrollados no evaluaron correctamente los riesgos originados en los mercados financieros” y, finalmente, la CEPAL (Comisión Económica para América Latina y el Caribe) llegó a la conclusión de que la región latinoamericana necesita formular una nueva agenda de desarrollo que deje atrás el denominado consenso de Washington y que permita eliminar los permanentes obstáculos del crecimiento económico.

Esta crisis global demuestra que, en el último medio siglo, han fracasado dos grandes escuelas económicas, la estatista de corte marxista y la privatista de hechura neoliberal.

El sistema estatista hizo agua por el blanco de la deficiencia económica porque conspiró contra la cantidad y la calidad de bienes y servicios producidos y terminó por colocar a los países que se perdieron por el atajo del estatismo fuera de toda competencia en el mercado internacional. El sistema privatista en cambio, se hundió por el flanco de la injusticia social que profundizó las diferencias económicas y sociales y polarizó a la sociedad. Pero, conjunto con estas dos escuelas económicas, sobrevivieron y colapsaron, dos escuelas de estado. El estado megalómano de los marxistas, que en su delirio de grandeza asumió toda clase de responsabilidades para cumplirlas mal.

Hace pocos días el Programa Mundial de Alimentos, de las Naciones Unidas y la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación, la FAO afirmaron que la crisis actual tiene defectos económicos y sociales demoledores para el tercer mundo. Dijo que el hambre, en este año 2009, ha llegado al nivel más alto de la historia. Que hay más de mil millones de seres humanos con escasez de alimentos y muchos más que carecen de todos los servicios indispensables. De aquellos 1000 millones, 642 pertenecen a Asia y el Pacífico, 265 África subsahariana, 53 millones América Latina y el Caribe, 42 millones al Oriente Medio y el Norte de África y 15 millones al mundo desarrollado.

La pobreza que nos estremece es también políticamente preocupante porque, en los tiempos que corremos, la pobreza no es solamente la carencia de los más elementales bienes y servicios para llevar una vida decente, sino que es también el juicio de valor que los pobres hacen sobre su propio quebrante económico. Los pobres solían antes mirar a la pobreza con la familiaridad de un objeto doméstico que siempre ocupó un lugar en la casa de sus antepasados.

“No olvidemos aquello de que es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que un rico penetre en el reino de los cielos”. Hoy no..., la pobreza saben los pobres, debe y puede evitarse y, ellos gritan con sus mil bocas, invisibles contra ella. Y entonces se forma una peligrosa ecuación política: Pobreza mas juicio de valor, mas rebeldía, igual ruptura de la Paz.

En esta toma de conciencia de los pobres sobre la pobreza, tienen mucho que ver los medios de comunicación, especialmente, la televisión, porque en el empequeñecido planeta de las comunicaciones planetarias, satelitales, el hombre del tercer mundo ve en el alucinante escaparate de la televisión imágenes de otras formas de vida, hace diferencias entre lo que ve y lo que tiene, toma conciencia de las disparidades e injusticias y genera por tanto un espíritu de rebeldía.

La corrupción amenaza contra la inestabilidad política porque para gobernar se requiere una credencial ética. El poder descansa sobre un sistema de creencias, mandar es hacerse creer, tener crédito, suscitar confianza. La corrupción ilegítima los gobernantes, conspira contra la autoridad y como es un mal contagioso se extiende por el cuerpo social como una metástasis y no tarda en producir su propia cultura, la cultura de la corrupción con sus códigos, sus infodepediatras e incluso con sus honores entre comillas y distinciones.

Ortega y Gasset afirmaron una vez “la moral es una cualidad matemática, es la exactitud aplicada a la valoración ética de las acciones humanas”. Y eso es precisamente lo que falta en nuestra América Latina. Falta una dimensión ética y una dimensión estética, porque muchas cosas sucias y poco elegantes se hacen en nombre de la política. Otra gran lucha que debemos enfrentar es el del armamentismo que despedía cantidades gigantescas de dinero.

El Presidente Alan García hace unos días dio datos espeluznantes sobre el tema. América del Sur en los últimos cinco años ha gastado 176.000 millones de dólares en gastos militares y en los próximos cinco años se propone gastar 235.000 millones de dólares adicionales. Los principales proveedores de armas son Rusia y Estados Unidos, no obstante, sus hipócritas prédicas de Paz.

Otro tema inaplazable, desde mi punto de vista, en la solución de esta crisis, es la despenalización de la producción, comercialización y consumo de drogas. Las cifras abultadas y crecientes del consumo de sustancias estupefacientes demuestran que las políticas prohibicionistas fracasaron en toda la línea y no sólo eso sino que esas políticas fueron el principal aliado de los carteles del narcotráfico y del narco lavado.

El prohibicionismo ha hecho del tráfico de drogas el segundo mejor negocio del mundo, después del negocio de las armas y antes que el negocio del petróleo. La despenalización desmontaría los carteles de la droga que han formado grandes internacionales económicas y grandes internacionales políticas, igual que han montado un gigantesco aparato de mafias, grupos armados, violencia, crimen y corrupción. Naturalmente que esta es una decisión que no puede tomar un sólo país ni pocos países sino debe ser el fruto de un gran concierto internacional entre los países productores y los países consumidores. Creo que he abusado del tiempo y de su paciencia y quiero concluir aquí mis palabras, lo que pretendí en suma sostener es que la crisis global es una crisis profunda, estructural y multidimensional que debe recibir respuestas también multidimensionales.